

PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL ESTUDIO
DE LOS ASENTAMIENTOS ABORÍGENES
DE TENERIFE: LA COMARCA DE ICOD
DE LOS VINOS

P O R

M.ª DEL CARMEN DEL ARCO AGUILAR

En un intento de profundizar sobre el ámbito de la cultura aborigen de Tenerife observamos que el modelo desarrollado por L. Diego Cuscoy a finales de los años sesenta (1968) sigue siendo el punto de inevitable referencia, aunque en el mismo se establezca la definición de un hecho cultural único y «atemporal» para toda la isla.

Sin ánimo de cuestionar la enorme aportación de este trabajo, en el que se expresan ya determinadas formas de comportamiento o actitudes del aborigen con un desarrollo espacial, comprobamos que los restos materiales, soporte básico de este conocimiento, aunque muy abundantes, proceden de hallazgos viejos, generalmente de saqueos y superficiales, siendo, por otro lado, su cronología demasiado laxa y constituyendo un conjunto de información de hallazgos artefactuales con cronología «antequem» en relación al hecho de la Conquista, salvando algunas dataciones absolutas, no demasiado relevantes, por otra parte (C. Martín de Guzmán, 1978). En este sentido estamos también ante una práctica carencia de seriaciones estratigráficas (L. Diego, 1975; M. P. Acosta, 1976; M.ª C. Arco, 1985), lo que en última instancia conlleva el desconocimiento

no estrictamente de la ocupación del espacio por parte del aborigen sino de la evolución, transformación y variabilidad de ese poblamiento.

En consecuencia, aun a riesgo de que este planteamiento sea considerado excesivamente estricto, se podría señalar que sólo se ha avanzado en el nivel de clasificación y catalogación de los restos materiales de la cultura, esbozándose algunas interpretaciones aproximativas para la definición de los hechos culturales.

Y es por ello que, conscientes de tal situación en la que se observan grandes vacíos de conocimiento, parecía ineludible plantearnos la necesidad de enfocar los estudios de la prehistoria de Tenerife bajo otras perspectivas diferentes.

Por otra parte, la constancia objetiva de estar ante manifestaciones culturales desarrolladas en un archipiélago, mejor en islas, que parecen funcionar culturalmente como tales, dados los rasgos definitorios conocidos de sus manifestaciones, supondrá establecer la viabilidad de un desarrollo cultural para la población insular consistente en la ocupación del territorio sobre el que deberán mantenerse diferentes estrategias de subsistencia, entre las que primará la perentoria necesidad de articulación de un espacio que permita la obtención de los suficientes recursos para el mantenimiento del grupo, lo que parece haberse consolidado en Tenerife, en la época de la Conquista, en la división de la isla en nueve comarcas autónomas, los «Menceyatos».

Por todo ello, puede resultar importante insistir en el carácter «insular» de la prehistoria de Tenerife, rasgo aplicable, por otro lado, aunque con matices, como modelo, a cada una de esas comarcas mencionadas, toda vez que el carácter de «insularidad» incidirá profundamente en el proceso de adaptación de la cultura que se introduce en un medio ambiente totalmente nuevo, puesto que restringe necesariamente el grado de expansión y los recursos están limitados. Así, habrá de tenerse en cuenta que en el momento inicial del poblamiento se desarrollaría un período de reconocimiento de los ecosistemas «vírgenes», sobre los que, una vez captados sus recursos, se iniciarían de inmediato determinadas estrategias de subsistencia

que habrán de modificarse, por otra parte, en el transcurso del tiempo. Indudablemente, *a priori*, este proceso supondría fijar los asentamientos en aquellos espacios con un mayor número de recursos durante el período de adaptación y consolidación del grupo, hasta alcanzar un cierto nivel que permita la introducción de innovaciones y que, a la vez, generará por diversos factores de índole socio-económica, de no haber surgido anteriormente, el desgajamiento de grupos que, en nivel de competencia, habrán de dispersarse consolidando territorios de explotación propios que constituirán espacios autónomos, si bien por diferentes mecanismos de interacción, a nivel de competencia y/o cooperación-intercambios de productos, alianzas matrimoniales, guerras, actos lúdicos... no se mantendrán aislados.

Se trata, pues, de acceder al conocimiento de la prehistoria insular estudiando en profundidad la articulación de uno de estos espacios, pero no desde una perspectiva determinista de estas culturas, en la que el medio físico actúa de condicionante absoluto del grupo, sino valorando el ecosistema junto a la capacidad del grupo humano para generar cultura y transformar las estructuras, en la creencia de que los diferentes elementos de una cultura —tecnología, economía, religión, estructura social...— constituyendo un sistema holístico no se ven afectados de igual manera por las adaptaciones ecológicas (J. H. Steward, 1974, 48).

Por todo ello creemos válido enfocar el estudio de la Prehistoria insular bajo este planteamiento teórico (figura 1), cuyo punto de partida es la observación, registro y estudio del medio físico, como parte integrante del ecosistema del que forma parte también el grupo humano, para el que ese medio constituye el marco de actuación y la base de sustento. Se tratará de definir, pues, las áreas naturales existentes, las características climáticas, suelos, potencial acuífero, flora y fauna, con la finalidad de lograr el conocimiento de los recursos naturales proporcionados por cada área y obtener, en consecuencia, una visión de las expectativas que genera ese medio para el desarrollo de determinadas estrategias de subsistencia por parte del grupo humano.

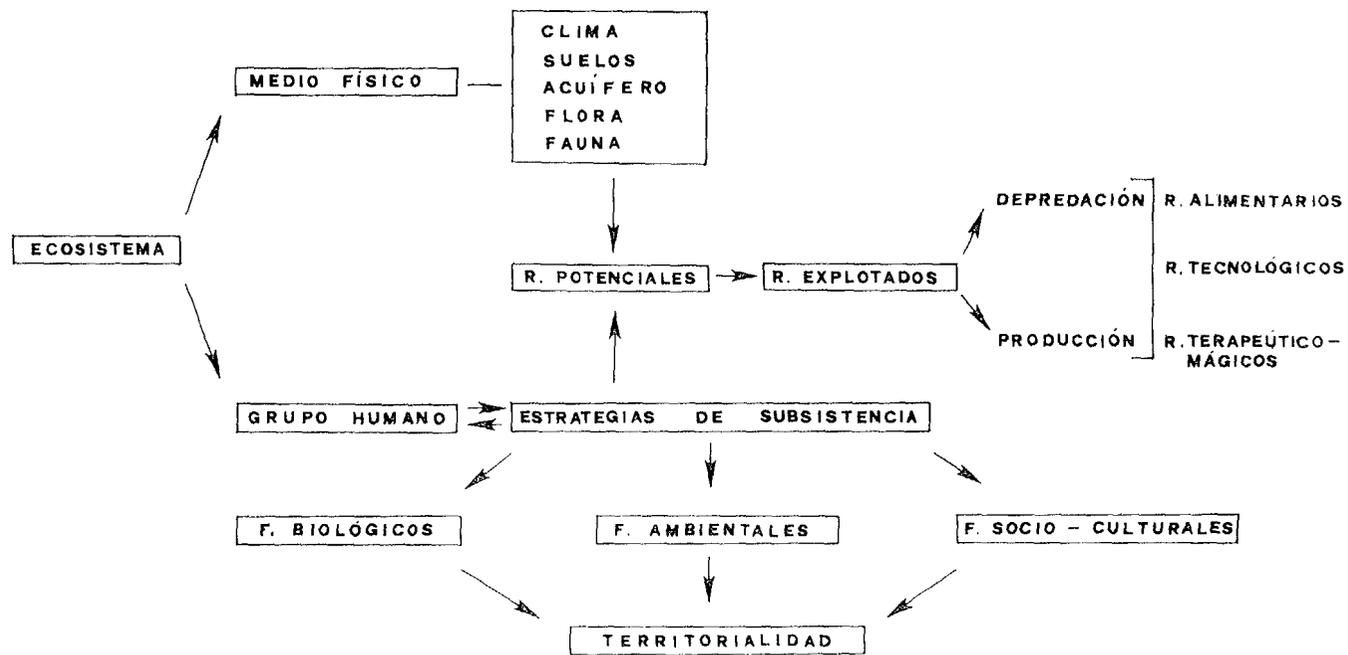


Figura 1

El estudio de los hábitos de explotación del medio con actividades diversas de tipo depredador o productor revelará el grado de desarrollo económico del grupo, observándose la relación existente entre recursos potenciales y recursos explotados, así como el predominio de una actividad determinada sobre las demás, lo que generará recursos alimentarios, tecnológicos, terapéutico-mágicos, siendo necesario, por otra parte, conocer y valorar los factores de tipo biológico, ambientales y culturales que actúan como mecanismos condicionadores y reguladores de esas estrategias de explotación. Será imprescindible, por ello, enfrentarse al análisis de los diferentes tipos de asentamientos en cada una de las zonas naturales señaladas, realizándose la identificación del tipo de yacimiento y su valoración por la funcionalidad en relación con el medio, así como por la organización de su estructura interna o, lo que es lo mismo, su articulación interna y externa.

El establecimiento del ámbito de explotación económica de un grupo, que constituye la infraestructura de su subsistencia, supondrá conocer la distribución de la población, la permanencia y/o movilidad de los individuos y el transporte de los recursos, con lo que se logrará establecer el territorio de dominio del grupo, así como desarrollar posteriormente la importancia del factor «territorialidad» en la ocupación y evolución prehistórica de Tenerife. Junto a ello habrá que profundizar en el análisis de la serie de factores biológicos y socio-culturales que inciden plenamente en el desarrollo de determinadas estrategias de subsistencia. En este sentido, cobra una especial significación los rasgos referidos a la posible composición del grupo y a los indicios sobre la reproducción y el control del mismo, el grado de complementariedad de los sexos, la distribución de funciones en razón de sexo y edad, al igual que el conocimiento de la estructura sociopolítica en relación a la existencia de jefaturas, jerarquías sociales y de aquellos mecanismos reguladores de las relaciones de cooperación y de competencia, en los que deben insertarse también las costumbres y el ordenamiento jurídico-religioso.

Quizá sea conveniente expresar, aunque se haya insinuado

anteriormente que esta sistemática de estudio no supone la fijación de un modelo teórico de cambio cultural, sino la propuesta de análisis que nos parece imprescindible para avanzar en el conocimiento de la evolución cultural prehistórica de Tenerife, debiendo partir necesariamente del estudio de una zona determinada, lo cual permitirá posteriormente, en todo caso, realizar más amplias generalizaciones sobre semejanzas interculturales en procesos y efectos sustantivos (J. H. Steward, 1974, 45).

LA COMARCA DE ICOD

Las motivaciones que nos llevaron a elegir como ámbito de nuestro trabajo la comarca de Icod, al objeto de desarrollar en ella el planteamiento esbozado, fueron varias, puesto que en la zona elegida debían confluír una serie de circunstancias. En primer lugar, que constituyese un espacio físico individualizado, no pudiendo tratarse de un área demasiado trabajada arqueológicamente, siendo a la vez necesario que contase con suficientes indicios de una sólida ocupación de época aborigen, con variabilidad de yacimientos, al objeto de que permitiese valorar tales asentamientos en su articulación interna y externa. Por otro lado, algunos de estos yacimientos debían tener relleno arqueológico que posibilitase definir nuevas estratigrafías, tan escasas en la Prehistoria de Tenerife, como base para el estudio de la evolución del poblamiento en la zona y aportación para el establecimiento de la secuencia cultural de la prehistoria insular.

Para el desarrollo de nuestro trabajo, en el que nos queda aún un gran camino por recorrer, nos hemos enfrentado al estudio de la zona elegida partiendo del análisis de la información proporcionada por tres tipos de fuentes.

Por un lado, en el contexto ambiental, al conocimiento directo del medio físico y el registro del potencial de recursos naturales propios de la zona, barajando para ello las posibles modificaciones generadas en el ecosistema hasta el presente, que suponen una variación de las circunstancias originales. Por otro, a la valoración de las fuentes escritas, tanto las de

carácter etnohistórico y documentales como las arqueológicas, lo que significa, para el primero de los casos, contar con una valiosísima información sobre aquellos rasgos de la cultura prehistórica que no dejan huella arqueológica. Y en tercer lugar, a la realización de prospecciones y excavaciones arqueológicas, contemplándose también como labor de campo el desarrollo de encuestas en relación a las actividades económicas tradicionales y al aprovechamiento del medio.

En este sentido hemos trabajado hasta la fecha, recopilando de los sectores de referencia abundante información, aunque falta aún obtener nuevos elementos en torno al exhaustivo conocimiento del medio, referido sustancialmente a la determinación definitiva de la vegetación potencial, con análisis palinológicos pendientes, a la fijación de los focos originarios de la materia prima utilizada en la industria lítica, en la cerámica y en la combustión, análisis que nos acercarán al conocimiento del territorio de acción del grupo. Los trabajos de prospección, por otra parte, nos han permitido señalar un denso núcleo de habitación en la zona, con yacimientos de diferente categoría, asentamientos estacionales y perennes y enterramientos, habiéndose excavado hasta la fecha tres de ellos, de los que el más sobresaliente por sus aportaciones resulta ser hasta el momento la cueva de Don Gaspar (M.^a C. del Arco, 1982, 1985).

Por todo ello deberá entenderse que lo aquí expuesto es sólo una síntesis aproximativa sobre diversos aspectos de los trabajos aún en curso, evitándose, en todo caso, incidir excesivamente en aportaciones hechas anteriormente (M.^a C. del Arco, 1982, 1986).

La comarca natural de Icod, situada en la zona NW. de Tenerife, da nombre a una de las divisiones territoriales o meneyatos existentes en la época de la Conquista. Y es en esos momentos uno de los territorios que se alinean como «bandos de guerra», quedando limitado en su lado W. por el meneyato de Daute y en el E. por el de Taoro. En esa zona destaca como unidad física el Valle de Icod, llamado así por los geólogos en el supuesto de que existía allí un barranco que servía de desagüe a Las Cañadas antes de que surgiera el Com-

plejo Teide-Pico Viejo, por lo que constituye un talud de suave pendiente y estratificación vertical de coladas de lavas que va desde las series geológicas basálticas más antiguas a las subrecientes de la Serie III o Serie Cañadas. No hay, por otro lado, discontinuidades topográficas apreciables, pues los barrancos no han tenido tiempo de encajarse en los recientes materiales que lo rellenan, salvando los que sirven de límite con La Guancha, en la zona E. del Valle, y el de Castro y Caforiño hacia el W. (A. Álvarez, 1984, 128-129).

Pues bien, sabemos a través del texto de A. de Espinosa (1967, 33) que los naturales guanches viejos tenían en su memoria cómo el lugar de Icode fue foco de poblamiento por un grupo de más de sesenta personas cuyo origen desconocían, que se asentaron en él denominándolo «Alzanxiquian abcanahac xerac», lo que significaba en lengua aborigen «el lugar del ayuntamiento del hijo del grande».

En este sentido cabe señalar cómo el Valle de Icod, por su ubicación en la vertiente N. de la isla, presenta unas aceptables condiciones de habitabilidad —régimen térmico, precipitaciones, suelos, fuentes de agua, existencia de pastos...— que favorecen el asentamiento de grupos humanos. Sin embargo, éstos se integran en áreas ocupacionales cuyo carácter se explica en función de la naturaleza, características de su entorno físico y recursos potenciales.

En el Valle de Icod existe una franja litoral con una costa bastante articulada, accidentada y castigada por la violencia del barlovento, donde la erosión marina ha formado acantilados de más de 100 metros, salvo en las zonas de La Coronela, Riquer y El Frontón (A. Álvarez, 1984, 129), presentándose en ocasiones ensenadas como la de Punta Gorda, Moni y la caleta de San Marcos que favorecerían la conexión y explotación del medio marino. Esta franja costera presenta, por otro lado, amplias zonas de malpaís y lavas, con temperaturas medias anuales de 20° C y precipitaciones escasas, reducidas básicamente a los meses de invierno, por lo que los pastos no son demasiado abundantes, desarrollándose en esa época del año. Su clima es clasificado en el tipo BShs, estepario cálido con verano seco, favorecido por ser una vertiente de barlovento

con lluvias algo más abundantes al estar expuesto a los alisios, húmedos y frescos, y por ser la zona donde penetran las perturbaciones oceánicas (V. Marzol, 1984, 200-201).

En ella, las comunidades vegetales (M. Arco, 1986) típicas de costa tienen escaso desarrollo por lo abrupto e inestable de sus acantilados, destacándose los matorrales camefíticos costeros de *Frankenia laevis* y *Argyranthemum frutescens* ssp. *succulentum*, que si bien pueden alcanzar altitudes inusuales por lo abrupto de la costa, no tienen gran desarrollo.

Las comunidades vegetales correspondientes al piso basal (infracanario) no constituyen una banda continua; están localizadas preferentemente al E. de la comarca, con escaso desarrollo y quedando relegadas en estos lugares a cotas bajas que escasamente alcanzan los 200 m.s.m. Estas comunidades de la clase *Kleinio-Euphorbieteae canariensis* Riv.-God. & Est. *Chueca* se caracterizan aquí por la abundancia de *Neochamaeola pulverulenta* (leña blanca) y la práctica ausencia de *Euphorbia canariensis* (cardón). Es importante señalar que al W. de la comarca, dados los testigos actuales, debió existir en las cotas correspondientes a las comunidades ya mencionadas del sector oriental, y por encima de ellas, un sabinar xérico costero caracterizado por *Juniperus phoenicea* (sabina), que paulatinamente en altitud va dejando paso a un sabinar húmedo de alta diversidad florística.

El sector de medianías es la zona más expuesta a los vientos cargados de humedad, presentando veranos cálidos y secos e inviernos suaves con precipitaciones notables —media anual de 449 mm.—, por lo que su clima se clasifica en el tipo Csa, con temperaturas medias anuales de 13,7° C (V. Marzol, 1984, 179, 200-201).

Presenta esta zona suelos pardos, con predominio de minerales de arcilla, esencialmente haloisita junto con pequeñas cantidades de arcillas 2/1 y minerales poco alterados; son generalmente profundos, ricos en materia orgánica en los horizontes superficiales, con reservas de potásico abundantes, y por ello de gran fertilidad (E. Fernández Caldas, 1984, 253).

En el sector occidental se observa el desarrollo de un sabinar húmedo como evolución del sabinar xérico costero, con

plantas tales, entre otras, como la sabina, el almácigo (*Pistacia atlantica*), el barbusano (*Apollonias barbujana*) y el peralillo (*Maytenus canariensis*). La abrupta ladera que va desde El Amparo (600 m.s.m.) hasta Palopique (500 m.s.m.) y que se desploma hasta aproximadamente los 200 m.s.m., aunque en la actualidad degradada y con diversas etapas seriales de sustitución, es por sus reductos vegetales un claro testimonio de lo antes dicho.

En la zona oriental, sobre las comunidades del piso basal es posible tuviera continuidad el sabinar costero mencionado, del que puede ser testigo indicador los jarales de *Cistus monspeliensis* que, como presumiblemente etapa degradada, crecen en algunos lugares en la actualidad. Sin embargo, el deterioro principal por los cultivos en este sector nos hace ser cautos en la interpretación de su vegetación potencial.

Por otro lado, los restos de vegetación potencial existentes, utilizados como bioindicadores, hacen suponer la gran extensión de las comunidades de transición (piso termocanario), clase *Oleo-Rhamnatea crenulatae* Santos, más húmedos y de más desarrollo en el sector W. que en el E.

Entre los 500-600 y 1.000 m.s.m. de la zona W. es posible tuvieran gran desarrollo las comunidades de *Pruno-Lauretea azoricae* Oberd (1960-1965) —Laurisilva y Fayal-Brezal—, hoy muy degradadas, de las que quedan exigüos testigos, localizados al amparo de zonas abruptas no utilizables para el cultivo, y así en las proximidades de El Amparo puede observarse uno de estos reductos. Algunas plantas notables a reseñar en las cotas en que comienza a iniciarse la vegetación de *Pruno-Lauretea*, pero aún de carácter más cálido que las correspondientes a ésta, son el marmolán (*Sideroxylon marmulano*) y el madroño (*Arbutus canariensis*), así como la presencia en microclimas particulares de *Myrsine canariensis*.

En el sector oriental, más árido, los pinares descienden mucho altitudinalmente (menos de 400 m.s.m.) y se puede asegurar que contactaron, a través de pinares mixtos (pinar con fayal-brezal), con los sabinares inferiores ya comentados.

La zona alta del Valle posee un clima tipo Csb, templado con verano fresco y seco, con temperaturas más bajas en los

meses estivales (-22°C) e inviernos frescos (-18°C), con elevado porcentaje de humedad relativa, precipitaciones abundantes y un considerable número de días con niebla (L. Marzol, 1984, 200-201). Sus suelos corresponden básicamente a andosoles vítricos, definidos como las primeras fases de alteración de los materiales volcánicos en la masa del suelo, acumulación de grandes cantidades de materia orgánica en la superficie y fijación de fósforo, lo cual les hace muy fértiles (E. Fernández Caldas, 1984, 253).

En esta zona, sobre los 1.000 m. de altitud en el sector W. y en torno a los 400-500 en el E., comienzan los extensos pinares de Icod (*Cl. Cytiso-Pinetea canariensis* Riv. God. & Est. Chueca, 1965, in Esteve, 1969), que se prolongan sobre los 2.000-3.000 m.s.m. y que ofrecen a lo largo de ellos una gama bastante completa de la variabilidad florística altitudinal de los pinares tinerfeños. A las comunidades mixtas de pinar con fayal brezal le suceden los pinares puros, donde son plantas características, entre otras, el pino (*Pinus canariensis*), el escobón (*Chamaecytisus proliferus*) y las jaras (*Cistus symphytifolius* ssp. *symphytifolius*), y en altitud, los pinares con elementos de matorral de cumbre (*Al. Spartocytisium nubigeni*, Esteve, 1983).

Por otra parte, y en relación al potencial faunístico, deberá considerarse un conjunto de especies diversas, de carácter terrestre unas y marinas otras. Entre las primeras habrá que destacar muy variados insectos, arácnidos, lacértidos y gasterópodos (género *Hemicycla* y *Canariella*) en todas las zonas señaladas, junto a diversas aves con predominio, entre otras, en la franja costera y basal de variedades de pardelas (*Calonectris diomedea* —pardela cenicienta—, *Puffinus assimilis* —pardela chica—), el alcaraván (*Burhinus oedeanemus*), el águila pescadora (*Pandion haliaetus*), cuervos (*Corvus corax*), cernícalo (*Falco tinnunculus*); en las medianías, variedades de palomas (*Columba junoniae* —paloma rabiche—, *Columba bollii* —paloma turqué—) y en la zona del pinar, el pinzón azul (*Fringilla teydea*), cuervo y herrerillo (*Parus caeruleus teneriffae*) (P. Oromi, 1984, 295-328).

Por lo que respecta a los recursos marinos, hemos señala-

do la facilidad de acceso a los mismos en determinadas zonas de la costa, en las que al margen de la posible explotación de líquenes y algas diversas, se cuenta con un buen potencial, integrado en la zona supralitoral por moluscos gasterópodos del género *Littorina*, y el decápodo *Grapsus grapsus* (cangrejo rojo), que se desplazan con las mareas; en la mesolitoral, con diversos moluscos como lapas (*Patellidae*), burgados (*Osilinus atratus*), púrpura (*Thais haemastoma*), junto a algunos erizos (*Paracentrotus lividus*), más frecuentes en el nivel inferior de esta franja y en el superior de la zona infralitoral, donde convive con el cangrejo blanco (*Plagusia depressa*). En la parte baja de esa zona hay un denso poblamiento de algas fotófilas con numerosos peces, entre otros el pejeverde (*Thalassoma pavo*), el romero (*Centrolabrus trutta*), la vieja (*Sparisoma cretensis*), la fula negra (*Abudefduf luridus*) y la salema (*Sarpa salpa*), alcanzando el límite inferior de esta zona infralitoral en la costa N. una profundidad de 10-15 m. (P. Oromi, 1984, 321-325).

Sobre este conjunto de recursos mantiene el primitivo habitante de Icod sus estrategias de subsistencia, observándose cómo la ocupación de la franja costera, dadas las características ya mencionadas, es de tipo estacional. En ella se localizan algunos asentamientos de superficie, como paraderos pastoriles (L. Diego, 1968, 152, 238-239) que nos revelan el desarrollo de esta actividad ligada a los pastos de invierno, al igual que algunas cuevas de habitación, con indicios siempre de estacionalidad. Nosotros hemos excavado en una de ellas, la cueva de Los Guanches (M.^a C. del Arco), observando la ocupación de un tubo volcánico asociado al malpaís sobre la cornisa del acantilado de la zona de La Grieta y en un paisaje de tabibal amargo, rico florísticamente, donde todos los indicios arqueológicos confirman su carácter de estacionalidad, máxime cuando a las difíciles condiciones climáticas, de suelo y vegetación ya mencionadas, para un hábitat estable debe unirse la mala orientación de la cueva, sus corrientes de aire internas y su escasa insolación. Por otra parte, no observamos en ella indicio de estratigrafía y los restos arqueológicos nos revelan exclusivamente una actividad depredadora de moluscos mari-

nos y el consumo de algunos individuos de la cabaña ganadera (J. Meco).

En este área aparecen algunas cuevas sepulcrales de carácter colectivo, ubicadas en las zonas de acantilados costeros, allí donde el medio ofrece formaciones naturales aptas para este fin que, en ningún caso, van asociadas a hábitats estables conocidos, por lo que pueden interpretarse como las necrópolis de estos grupos que realizan un pastoreo invernal de costa, o bien para aquéllas que poseen un número más elevado de cadáveres (L. Diego, 1953, 94, 97-105), como el ámbito sepulcral de los núcleos de población estables de cotas más elevadas, ya que, como veremos, hay zonas donde contamos con un denso núcleo de hábitat sin, por el momento, haber localizado en ellas sus necrópolis, lo que de confirmarse plantearía, evidentemente, interesantes datos relativos a la articulación del territorio y a la práctica de determinados rituales funerarios.

El espacio geográfico que posee mayores indicios de habitabilidad corresponde en Icod a las laderas y a los cursos medio y superior de los escasos barrancos, en torno a cotas de altitud entre los 400-600 m., donde hay un conjunto de condiciones medioambientales que favorecen el desarrollo de asentamientos estables. Así, es en esas zonas donde el régimen de precipitaciones anuales, las temperaturas y el tipo de suelo favorecen la existencia de una vegetación potencial que proporciona recursos indispensables de carácter alimenticio, tecnológico y terapéutico-mágicos para la subsistencia del grupo humano, e igualmente la presencia de puntos abundantes de agua y un suelo apto para la explotación agrícola. Por otro lado, esta zona presenta una situación estratégica en relación a otras, puesto que su relativa cercanía a la franja costera posibilita cortos desplazamientos a ella bien para el desarrollo de la actividad pastoril de invierno, bien para el aprovechamiento de recursos marinos. Igualmente el pinar cercano, que en algunas zonas, Caseríos de las Casas Abiertas, Fuente de la Vega, Santa Bárbara, desciende hasta los 400 m. por el predominio de suelos de la serie III poco edafizados (A. Álvarez, 1984, 130-131), proporciona buenos y renovados recursos, siendo

transitado frecuentemente como vía de acceso a los pastos de alta montaña cuyo aprovechamiento se produciría en los meses de verano, siguiendo la ruta de El Amparo, La Longuera, El Arrastradero, para penetrar en Hoya Negra, Hoya Bonilla y acceder hasta la Asomada de Luis Pérez, punto más alto del área pastoril con 2.341 m. y límite extremo con el menceyato de Adeje (L. Diego, 1968, 152-153).

En todo este espacio localizamos, pues, el núcleo más denso de poblamiento del Valle, habiendo elegido como área de investigación el conjunto que se desarrolla en la ladera W: del Valle de Icod, que va desde El Amparo a Palopique, y asociada al Bco. de Caforiño, con una situación verdaderamente estratégica desde la que se domina un amplio territorio del Valle, desde la costa a la cumbre y hasta el límite E. del menceyato. Esta ladera participa de las características climáticas y edafológicas mencionadas para la zona de medianías, habiendo poseído, según expresamos anteriormente, una abundante vegetación de sabinar húmedo, laurisilva y fayal-brezal, hoy muy degradadas; e igualmente un buen potencial acuifero, con la existencia de fuentes y manantiales que ya en la época de la Conquista hacen de Icod espacio de primera importancia para los repartimientos de tierra (E. Serra, 1978), recogiendo en tales documentos abundantísimas citas alusivas a la riqueza de aguas, fuentes, manantiales y tierras de regadío, rasgos que, por otro lado, se conservan en la toponimia actual de la zona, en las denominaciones de, entre otras, la Fuente de la Vega, El Bebedero y Las Canalitas.

El grupo de cuevas que hay en esa ladera presenta aceptables condiciones de habitabilidad, siendo en su mayoría amplias, de bastante altura y con buena orientación, lo que supone estar resguardadas de los vientos del N.NE. y contar con bastantes horas de insolación. De este conjunto hemos excavado dos, abiertas en una misma formación de tovas volcánicas, bajo una colada basáltica del límite superior de la ladera, las cuevas de Don Gaspar y de Las Palomas. Ambas poseen indicios de ocupación continuada, presentando la primera una estratigrafía de tres niveles fértiles arqueológicamente con dataciones de C14 para los dos más antiguos, co-

rrespondientes al 200 y 560 de nuestra era, y la segunda con un único nivel de asentamiento, cuya cronología absoluta está aún por determinar. La elección de estas cuevas como lugar de hábitat estable por parte de un grupo humano aborigen viene condicionada evidentemente por las estrategias de subsistencia desarrolladas.

En el estado actual de la investigación quizá sea este aspecto, el análisis de las estrategias de subsistencia, en el que más hemos profundizado, partiendo del conocimiento de los recursos naturales potenciales, de la información textual y de los resultados de nuestras excavaciones.

ESTRATEGIAS DE SUBSISTENCIA

La ganadería

Es de sobra conocido cómo dentro de las estrategias de subsistencia del aborigen tinerfeño, la ganadería ocupa el lugar principal, imponiéndose en relación a ella una distribución del espacio, costa-cumbre, que permita el mantenimiento de la cabaña a lo largo de todo el año. Ésta estaba integrada por la cabra y la oveja, mencionadas como «axa» y «haña» en Abreu Galindo (1977, 297) y cuyos restos, localizados como detritus alimenticios en los yacimientos de Icod, han sido asimilados a las especies *Capra hircus* L. y *Ovis aries* L., aunque existe dificultad en un número elevado de ellos para realizar su determinación (J. Meco).

Si bien nosotros no hemos podido comprobarlo en Icod, L. Diego Cuscoy (1968, 105-107) estableció la posibilidad de distinguir dos tipos de cabra, poseyendo una implantación vertical de la cornamenta y la otra una disposición en horizontal, lo que significaría unas defensas cerradas y abiertas, respectivamente; caracteres morfológicos que junto a la presencia de una mama pequeña y talla corta, en la primera, posibilitaría su movilidad como especie trashumante en las zonas de bosque y campos de lava, mientras que la segunda, provista

de una mama voluminosa, realizaría movimientos más cortos y estaría asociada a los hábitats estables.

En estrecha conexión con la cabaña de ovicápridos debe mencionarse el perro que bajo el nombre de «cancha» y descrito en las fuentes etnohistóricas como pequeños, gozques y bravos (J. Abreu, 1977, 297; A. Espinosa, 1967, 114), debió cumplir una función importante en las tareas de pastoreo, lo que se comprueba en hallazgos de tipo sepulcral asociados a las rutas pastoriles. Por otra parte, su localización en yacimientos de habitación (L. Diego, 1968, 108-109; 1975, 332; 1979, 90-91), aunque escasos también en Icod (J. Meco), como detritus alimenticios, revelaría prácticas de cinofagia.

Lo cierto es que la cabaña de ovicápridos permite la obtención de importantes recursos alimenticios y tecnológicos, pero el mantenimiento de la misma, con los riesgos que supone la posible carencia de pastos, la escasez de agua o una elevada mortandad por epidemias, supondría generar procesos de control de la misma.

En Icod observamos (J. Meco) que existe una tendencia a consumir animales adultos, pues de un número de veinte individuos (cifra probable máxima) sólo dos de ellos corresponden a cabrito, lo que parecería indicar que en la zona hay posibilidad de suficientes pastos para el mantenimiento de una cabaña amplia o bien la necesidad de consolidar numéricamente la manada, por lo que se sacrifican pocas crías, e igualmente que se espera a que las especies sacrificadas proporcionen carne más abundante, pues no hemos de pensar en el sacrificio de animales demasiado viejos, y por ello sin rentabilidad, ya que los localizados no sobrepasan los dos años.

Por otro lado, es posible pensar que la cabaña ganadera de esta zona debió ser relativamente abundante, pues junto a la abundancia de puntos de agua hay también posibilidad de buenos pastos a lo largo de todo el año, generados por los diferentes tipos de vegetación, desde los escobones, cornical, tagasaste y algunas gramíneas de la zona costera hasta las leguminosas de alta montaña, cuyo valor nutritivo es indispensable, por otro lado, para el desarrollo del ganado (P. L. Pérez, 1986). Sin embargo, aun contando con la existencia de estos

buenos pastos sería preciso ejercer sobre los mismos, al menos, un fuerte control. Por una parte, para favorecer el desarrollo de tales recursos,

«... y para que no les faltase el pasto, tenían gran vigilancia en no dejar nacer yerba que no fuese provechosa para el ganado; y así siempre lo traían grueso, porque lo criaban a ojo» (A. Espinosa, 1967, 39).

e igualmente, en el ámbito social referido a la necesidad de controlar el desarrollo de mecanismos de competencia que suponían la captación de ganados y pastos ajenos (J. Abreu, 1977, 296; A. Espinosa, 1967, 42).

Aun existiendo ese control, y como manifestación de esas estrategias de subsistencia que están siempre muy en dependencia de los fenómenos naturales, el aborigen desarrolla mecanismos que supone pueden ayudarle a la supervivencia también en el ámbito de la religión. Así las fuentes etnohistóricas recogen como

«... cuando los temporales no acudían, y por falta de agua no nacía yerba para los ganados, juntaban las ovejas en ciertos logares que para esto estaban dedicados que llamaban el baladero de las ovejas, e hincando una vara o lanza en el suelo, apartaban las crías de las ovejas, y hacían estar las madres al derredor de la lanza, dando balidos; y con esta ceremonia entendían los naturales que Dios se aplacaba y oía el balido de las ovejas y las proveía de temporales» (A. Espinosa, 1967, 34).

Esta cabaña ganadera proporcionaría leche, queso, manteca y carne, realizando un aprovechamiento intenso del animal sacrificado, pues los huesos revelan sistemáticas fracturas indicativas del consumo del tuétano, así como la obtención de recursos tecnológicos varios, por el aprovechamiento de pieles, tendones y huesos.

La agricultura

Junto a la ganadería, la agricultura se muestra como actividad importante en la zona de Icod, habiendo localizado en

los dos yacimientos excavados de la ladera restos importantes de semillas carbonizadas (M.^a C. del Arco, 1982, 1985), cuya determinación, realizada por la doctora M.^a Hopf, del Römisch Germanisches Zentral Museum de Mainz, revela la práctica de una agricultura cerealista, basada en el cultivo de la cebada —*Hordeum vulgare* L. *polystichum*— y el trigo —*Triticum aestivum aestivo-compactum Schiem*—. Junto a ello, la presencia incuestionable también de habas —*Vicia faba* L.— y de una semilla en el estrato III atribuible a *Pisum* sp., que podría constatar la mención a las arvejas o «hacichey» que hace Abreu (1977, 298), resulta indicativa de una agricultura de regadío, factible en una zona abundante en agua, como la de Icod y para la que poseemos, por otro lado, testimonios escritos en las fuentes documentales de época de la Conquista, que aluden a acequias aborígenes (E. Serra, 1978, 320), sin olvidar tampoco la toponimia de la zona que conserva la denominación de «Las Canalitas», aunque la roturación intensa del terreno haya supuesto en la misma la pérdida de posibles vestigios aborígenes, tanto en lo que se refiere a tales canalizaciones como a banales e incluso construcciones artificiales dedicadas al almacenamiento del grano.

En este sentido, las condiciones naturales de la zona, suelos pardos de gran fertilidad y abundancia de agua, favorecerían los cultivos, pero la disposición de la ladera donde se ubican los yacimientos estudiados hace suponer que aquéllos debieron situarse en las zonas de piedemonte y en la parte superior, bastante llana, en la que culmina, áreas ambas de cultivos actuales. Tipo y dualidad de ubicación que se observa en el lote de tierras —data 926-40— que recibe Pablo Martín Buendía, natural de Gran Canaria, que habían sido explotadas por el rey de Ycoden, Belicar, en el momento de la Conquista:

«Yo don Alonso Ernandes de Lugo... do a vos Pablo Martín unas casas del rey de Ycoden en un lugar se llama Artaone (¿Artaore?) y más *dos pedaços de tierra* de sequero frontero de las dichas casas que solía sembrar el dho Rey de Yqcoden, *una baxa y otra alta*, que entrarán en los 3 cahices...» (E. Serra, 1978, 185).

La explotación agrícola de tales terrenos tuvo que requerir, dada la vegetación potencial ya definida, una labor de desmonte previa para la que hemos de pensar en la inviabilidad de una tala sistemática, pues no existen recursos tecnológicos que la hagan suponer, y probablemente el uso de un sistema de rozas, lo que debió generar una estrategia colectiva de cooperación en la comunidad de la zona para evitar incendios y, con ello, pérdidas importantes en los recursos forestales. Por otra parte, teniendo en cuenta el carácter agro-pastoril de estos grupos y que los terrenos de cultivo se ubican en áreas con recursos forrajeros, ha de pensarse en un control de la manada, puesto que es bien sabido cómo el ganado suelto es una amenaza para la agricultura, viéndose probablemente favorecido tal control por el uso de cerramientos o cercas en los terrenos, para los que con bastante probabilidad se utilizarían las especies deforestadas de laurisilva y fayal-brezal.

Por lo que respecta a la información general sobre las faenas agrícolas, organización social del trabajo y recursos tecnológicos utilizados ha sido abordada anteriormente por nosotros (M.^a C. del Arco, 1982, 1985), por lo que remitiéndonos expresamente a ella, sólo será necesario aquí incidir en algunos aspectos.

Así, en las más recientes excavaciones de la cueva de Las Palomas se localizó una cornamenta de cáprido en un nivel con restos muy abundantes de semillas de cebada, trigo y habas, con lo que las citas de Espinosa y Viana cobran especial valor:

«En esta misma tierra de su término, con *unos cuernos de cabra* o unas como palas de tea, porque hierro ni metal de ninguna suerte lo tenían cavaban o, por mejor decir, escarbaban la tierra, y sembraban su cebada (A. Espinosa, 1967, 39).

«La mies que mas usaron fue cevada,
y el corvo arado y azerada reja,
en que la tierra fértil cultivaron
eran los *cuernos largos, puntiagudos*
fixos en leños bien acomodados...»

(A. Viana, 1968, 34.)

Por otra parte, los últimos análisis realizados por la doctora Hopf sobre las semillas de estos yacimientos confirman la perforación de algunas por un brúquido, señal inequívoca del almacenamiento de las mismas, que bien pudo realizarse, parece lo más factible aunque sin comprobación arqueológica por el momento, en el interior de las propias cuevas de habitación o de otras utilizadas expresamente para ello, e incluso en construcciones artificiales específicas, igualmente sin confirmación arqueológica, ya que los documentos de repartimientos de la conquista (E. Serra, 1978) hablan de los «Anchones» y «Auchones», distinguiendo, en casos, éstos de las cuevas-moradas o de habitación y refiriéndose expresamente a un «anchón de la cebada» —data 281-13— encima del río de Ycod, que parece corresponder al Bco. de Caforiño, asociado a la ladera que estudiamos.

Por lo que respecta a la valoración de la explotación agrícola como estrategia de subsistencia en esta comunidad aborigen de Icod, es posible señalar apoyándonos en los datos proporcionados por la estratigrafía de Don Gaspar que, a diferencia de la ganadería donde se observan unos valores constantes, los restos de semillas disminuyen marcadamente desde el nivel más antiguo al reciente, con unos porcentajes que, en relación a la totalidad de los hallazgos de este tipo, son del 78 por 100 para el estrato IV, 18,6 por 100 en el III y del 3,39 por 100 en el I, observándose, por otro lado, que el trigo, aunque presente aún en el III, ha desaparecido en el I. Es evidente que tal información deberá contrastarse con nuevos datos, pero, en principio, aunque con lógica cautela por nuestra parte, podría ser indicativo bien de las dificultades que genera la explotación agrícola con limitados recursos tecnológicos en un medio forestal que, por otro lado, se ve inmerso en la actividad pastoril, o bien que sea sintomático de períodos puntuales de baja productividad agrícola por pérdida de la producción. Sin embargo, más relevante resulta la ausencia progresiva del trigo, debido quizá a su menor resistencia y mayores exigencias que, de confirmarse en otros yacimientos de la zona, explicaría por qué algunas fuentes etnohistóricas no lo mencionan o aluden

a su inexistencia, a causa según Espinosa (1967, 37) de la pérdida de la simiente.

En todo caso, la producción agrícola, y por lo que se observa básicamente la cebada, complementada por el trigo y las leguminosas, aparecen como parte integrante de la dieta alimenticia, de tal manera que conocemos perfectamente cómo el grano tras ser tostado, molturado, constituyendo una harina llamada «gofio» se consumía mezclado con leche o «ahof», manteca u «oche», con agua y con miel (J. Abreu, 1977, 297; A. Espinosa, 1967, 38; A. Viana, 1968, 249-250).

Recolección, caza y pesca

Por último, dentro de las estrategias de subsistencia resta por abordar algunos aspectos referidos al desarrollo de la actividad recolectora, la caza y la pesca, teniendo en cuenta, como punto de partida, el conjunto de recursos potenciales de la zona.

En la primera de ellas podemos contemplar la dualidad vegetal y animal, con un doble nivel de actuación, sobre el medio terrestre y el marino.

El desarrollo de una actividad recolectora vegetal terrestre generaría un considerable número de recursos, tanto en el ámbito alimenticio —grupo humano y ganados— como en el tecnológico y en el terapéutico-mágico.

Al margen de los recursos forrajeros ya mencionados, el manto vegetal supondría el aprovechamiento de diversos frutos, de ciclo estacional la mayoría de ellos, como los madroños (*Arbutus canariensis* Veiel.), bicácaros (*Canarina canariensis* L.), moras (*Rubus ulmifolius*), mocanes (*Visnea mocanera*), dátiles (*Phoenix canariensis* Cha.), piñones (*Pinus canariensis* Chr. S.), rizomas de helechos [*Davallia canariensis* (L.) J. E. Sm., *Pteridium aquilinum*] y barrilla (*Mesembryanthemum crystallinum*), transformándose algunos de ellos, los helechos y barrilla, en harina para ser consumidos como gofio, y obteniéndose también en el caso del mocán y la palmera, como producto derivado, miel, cuyo consumo se recoge en las fuentes escritas.

Por otro lado, el sabinar, la laurisilva, fayal-brezal y el pinar proporcionan especies vegetales muy variadas (sabinas, barbusanos, brezos, faya, cedros, laurel, palo blanco, viñáticos, mocán...) a utilizar como materia prima transformable en objetos de uso cotidiano, armamento, instrumentos agro-pastoriles, cuencos, cucharas... material de combustión, entre otras aplicaciones, así como para la obtención de recursos terapéutico-mágicos, donde debemos incluir aquellas especies con propiedades medicinales y las asociadas a rituales funerarios, situándose entre las primeras la miel de mocán, la sangre de drago (*Dracaena draco* L.), el incienso (*Artemisia thuscula* Cav.) y posiblemente la leche de algunas euforbias como el cardón (*Euphorbia canariensis* L.). Especie ésta que junto a restos vegetales variados, como pino, brezo (*Erica arborea*), leña blanca (*Cneochamaela pulverulenta*) y drago se utilizan en las prácticas fúnebres.

De todos estos recursos vegetales, y al margen de los restos de combustible, cuya determinación antracológica no se ha realizado, en Icod sólo hemos constatado arqueológicamente como detritus alimenticio algunos frutos de mocán carbonizados y una escama tectirix de «cono» ♂ de *Pinus canariensis*.

En el ámbito del aprovechamiento vegetal marino es posible se recolectaran algunas especies de algas para el consumo, aunque el máximo rendimiento sobre este medio se obtendría de la recolección de especies animales, tales como lapas, burgados, púrpura, algunos cangrejos y erizos. En relación con ella la actividad pesquera también se desarrolla, aunque desconocemos los sistemas empleados, pudiéndose capturar de la zona infralitoral diferentes especies, aunque es evidente que tratándose la zona de Icod de una costa de barlovento la actividad pesquera se vería dificultada ante la inexistencia de recursos tecnológicos adecuados, lo que se manifiesta, por otro lado, en los hallazgos de los yacimientos hasta ahora estudiados, en los que si bien los restos de marisqueo son abundantes, y más frecuentes en los enclaves estacionales costeros, los detritus de peces son más bien testimoniales, constatándose la vieja y otros spáridos.

Para la actividad cazadora y la recolección de animales te-

restres el medio ofrece posibilidades en relación a la captación de diversos insectos, arácnidos, gasterópodos terrestres, lacértidos, aves y otras especies. En este sentido, no tenemos información textual en la documentación etnohistórica que aluda a tales prácticas ni a la actividad cinegética y, sin embargo, en Icod hemos localizado como detritus alimenticios restos de paloma, así como algunos mamíferos salvajes, tales como un tipo de felino, atribuible a la especie norteafricana *Felis margarida* y de erizo (*Erinaceus algirus* L.), fechables en el siglo VI d.C. el primero y el segundo también en el III d.C., revelándose con ello su introducción en época anterior a la Conquista. Junto a ellos, restos abundantes de *Sus scrofa* (J. Meco), provisto de fuertes defensas, según los hallazgos de la última excavación en Las Palomas, lo que confirmaría la existencia de cerdos salvajes entre los aborígenes (J. Álvarez Delgado, 1944), suponiendo la práctica de una actividad cinegética que debió realizarse, teniendo en cuenta los recursos tecnológicos existentes, mediante trampas. En relación a ello cabe señalar que de los seis ejemplares detectados en Don Gaspar, uno corresponde a un individuo de siete semanas y los otros son de adulto de al menos año y medio.

Por todo ello, la recolección vegetal, los recursos marinos y la captura de especies salvajes terrestres parecen estar bien desarrolladas en Icod, lo que evidentemente, como complemento de los recursos básicos obtenidos de la ganadería y la agricultura, supondría contar con una dieta bastante equilibrada, máxime en los momentos de posible crisis alimentaria producida por el bajo rendimiento de las cosechas, como hace suponer el descenso constatado en los restos del estrato III y I de Don Gaspar, períodos en los que se ampliaría la actividad depredadora.

El conjunto de estos restos revela, por otra parte, que la comunidad de signo agro-pastoril ubicada en esta zona de Icod ha logrado captar parte de los recursos potenciales del medio, desarrollando una estrategia de subsistencia aceptable para la supervivencia de la comunidad de hombres y animales, que revelan el territorio de acción del grupo, pudiéndose señalar en consecuencia una explotación de carácter horizontal en la

actividad agrícola, ganadera y recolectora en el entorno de los puntos de hábitat estables, y otra de signo vertical en relación a los movimientos estacionales de pastoreo, utilizada también para la obtención de recursos más lejanos, como la obsidiana. Sin embargo, dadas las evidencias arqueológicas hasta la fecha localizadas y el conocimiento de los recursos tecnológicos que poseían, parece no han sido capaces de generar una explotación de alto rendimiento. Ahora bien, esta situación analizada quizá sea no tanto reflejo de la incapacidad de la comunidad aborígen para generar nuevas estrategias más productivas sino que, todo lo contrario, evidentemente condicionados por su capacidad tecnológica, hayan observado aquellas estrategias que impidiesen el desequilibrio del medio, cuyos recursos naturales deberán ser expresamente controlados, conscientes del carácter insular del territorio.

Y así cabe interpretar también la organización del espacio insular y la propia estructura social, de tal manera que la necesidad de controlar los recursos naturales insulares conlleva la fragmentación política de la isla, partiendo de una primitiva autoridad de la que se desgajan unidades autónomas, los menceyatos (J. Abreu, 1977, 292-293; A. Espinosa, 1967, 40-42), cuya jefatura, «El Mencey», controla la explotación de su territorio:

«El Rey, cuya era la tierra daba y repartía a cada cual según su calidad o servicios, y en este término que a cada cual señalaba, hacía el tal su habitación...» (A. Espinosa, 1967, 39).

Por último, quizá sea conveniente recordar cómo en la sociedad aborígen existen mecanismos reguladores de las estrategias de subsistencia enmarcables en el ámbito jurídico, religioso y lúdico. Así las actuaciones a nivel de competencia, las disensiones por «términos y pastos», en el espacio de un menceyato exigirían de El Mencey, como autoridad judicial, su resolución, suponiendo en algunos casos la privación de los recursos de subsistencia (J. Abreu, 1977, 300); y en las ocasiones en que el asunto sobrepasa el territorio de un menceyato, la actuación de uno de los segmentos del primitivo linaje, muy

probablemente el Mencey de Taoro, cuya autoridad según revelan las fuentes escritas es reconocida por todos los demás (J. Abreu, 1977, 292-293; A. Espinosa, 1967, 41, 58).

Igualmente las relaciones de cooperación, dentro y fuera de la comunidad, están estrechamente imbricadas en la supervivencia y reguladas por mecanismos religiosos, como los actos propiciatorios de la lluvia en los «baladeros», ya mencionados, o de tipo lúdico como reuniones y festejos diversos, sobresaliendo entre ellas las relacionadas con el proceso de recolección de las cosechas (A. Espinosa, 1967, 38-40).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABREU GALINDO, J. (1977): *Historia de las siete islas de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife.
- ACOSTA, M.^a P., y PELLICER, M. (1976): «Excavaciones arqueológicas en la cueva de La Arena (Bco. Hondo, Tenerife)», ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, 22, pp. 125-185, Madrid-Las Palmas.
- ÁLVAREZ ALONSO, A. (1984): «Tenerife. Comarcas de Icod y Daute», *Geografía de Canarias*, t. 5, pp. 127-154, Santa Cruz de Tenerife.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1944): «De la vida indígena. El jabalí entre los indígenas», *Revista de Historia*, t. X, pp. 144-147, La Laguna.
- ARCO, M.^a DEL CARMEN DEL (1982): «Aproximación a la economía aborigen de Tenerife», *Vol. 50 Aniversario Instituto de Estudios Canarios*, pp. 51-87, Santa Cruz de Tenerife.
- (1985): «Excavaciones en la cueva de Don Gaspar (Icod de los Vinos, Tenerife)», *N. A. H.*, 20, pp. 258-377, Madrid.
- «Resultados de un sondeo arqueológico en la cueva de Los Guanches (Icod, Tenerife)», *El Museo Canario* (en prensa), Las Palmas.
- ARCO, M. DEL (1986): La información en relación a la vegetación potencial de la Comarca de Icod se debe a este autor, habiendo hecho uso de la Nomenclatura taxonómica de Hansen & Sundig (1985). *Flora of Macaronesia. Checklist of Vascular Plants*, III rev. ed. Oslo.
- DIEGO, L. (1953): «Nuevas excavaciones arqueológicas en las Canarias Occidentales», *Informes y Memorias*, 28, Madrid.
- (1968): *Los Guanches*, Santa Cruz de Tenerife.
- (1975): «La Cueva de Los Cabezazos en el barranco del Agua de Dios (Tegueste, Tenerife)», *N. A. H. Prehistoria*, 4, pp. 289-336, Madrid.
- (1979): *El conjunto ceremonial de Guargacho*, Santa Cruz de Tenerife.

- ESPINOSA, A. DE (1967): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, Santa Cruz de Tenerife.
- FERNÁNDEZ CALDAS, E., y TEJEDOR, M. L. (1984): «Los suelos», *Geografía de Canarias*, t. 1, pp. 243-256, Santa Cruz de Tenerife.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1978): «Dataciones C-14 para la Prehistoria de las Islas Canarias», *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*, pp. 145-157, Madrid.
- MARZOL, V. (1984): «El Clima», *Geografía de Canarias*, t. 1, pp. 157-201. Santa Cruz de Tenerife.
- MECO, J.; DEL ARCO, M. C., y RUANO, M. C.: «Los restos de mamíferos de las cuevas de Los Guanches y de Don Gaspar (Icod, Tenerife)», *El Museo Canario* (en prensa), Las Palmas.
- OROMI, J. J., et alii (1984): «Fauna», *Geografía de Canarias*, t. 1, pp. 295-328, Santa Cruz de Tenerife.
- PÉREZ, P. L., et alii (1986): *Leguminosas forrajeras de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife.
- SERRA RAFOLS, E. (1978): *Las Datas de Tenerife*, La Laguna.
- STEWART, J. H. (1974): *Ecología Cultural*. Enciclopedia Int. de las Ciencias Sociales. Dir.: D. L. Sills, vol. 4, pp. 45-51, Madrid.
- VIANA, A. DE (1968): *La Conquista de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife.